

del distraído, más que una silva de varia lección, es un muy venturoso intercambio de ideas y sensaciones entre Alejandro Rossi y el mundo que lo rodea. Rossi infunde coherencia al examen sucesivo de muchos temas que difieren entre sí, y el lector, a la par suya, se desliza de un tema a otro con idéntico regocijo. A Rossi no le faltan recursos para tenerlo en suspenso. En ocasiones, con la astucia de un consumado retórico, va exponiendo. Un apacible lugar común: el lector lo sigue dócilmente, pero a medida que avanza tiene la sensación de que el lugar común es cada vez menos común, hasta comprobar, atónito, que Rossi ha extraído de aquella verdad primitiva, modesta, una nueva y sorprendente verdad. Y todo ello en el ámbito filosófico, sociológico, literario. Por ejemplo: en el primer capítulo, en vez de refutar a Berkeley con la violencia del doctor Johnson, Rossi examina en tono festivo la teoría del idealismo absoluto, y por ende el escepticismo, para terminar admitiendo la fe animal que preconiza Santayana. En otro capítulo comprueba que se ha modificado el sentido originario de los signos y los símbolos —expresiones visibles de las certidumbres históricas— hasta convertirlos en meros adornos. Así como el pelo largo y sedoso, los collares y las pulseras pueden, a estas alturas, ocultar también a un varón, las barbas ya no tipifican a los artistas, profesores y exploradores. Otro tanto sucede con la ropa: una chaqueta raída y un pantalón lleno de remiendos no implica pertenecer a una clase social indigente, ni la voluntad, por razones ideológicas, de mezclarse a ella: la elegancia, la estética, o una imagen secreta que se tenga de sí mismo pueden inducir a usarlos y a combinarlos libremente con un par de mocasines claros, un espléndido pañuelo de seda o un alma refinada.

Y termina:

El signo indica y el símbolo representa. He tratado de demostrar que en ciertos casos hay una modificación de las funciones originales de ambos que remite, para explicarla, al adorno y, por tanto, a la moda. En último término llegaríamos a la publicidad, al concepto de mercancía y al proceso de producción en masa. El carnaval, las barbas y las banderas siempre acaban en otra cosa.

Me he referido a dos trabajos de Alejandro Rossi que no son precisamente literarios. Corresponde ahora hablar de literatura, tratando de soslayar, en la medida de lo posible, sus casi inevitables contactos con la filosofía, la sociología o la política. Como es dable suponer, Borges aparece en el *Manual del distraído*. A propósito de una preocupación constante de Borges, la supervivencia de la obra literaria, Rossi señala una tras otra sus convicciones más generalizadas: la página perfecta, formalmente perfecta, de la que ninguna palabra puede ser alterada sin daño, es la más precaria de todas; para alcanzar la gloria universal, el escritor ha de dar con un símbolo que se apodere de la imaginación del lector; las metáforas comu-

nes son las mejores porque son las únicas verdaderas; al cabo de los años, si los astros le son favorables, el escritor prescindirá del barroco y logrará una modesta y secreta complejidad. Rossi hace notar que Borges, «más que una preceptiva literaria, nos propone los temores y el escepticismo que su propia obra le suscita... Estos escrúpulos —excesivos en un escritor tan límpido, tan medido y económico como Borges— son tal vez los que alientan ese evangelio de la simplicidad, recomendado en prólogos irónicos, precisos, ácidos, bromistas, semejantes en todo a lo que pretenden repudiar... Podemos, debemos defendernos de los ascetismos teóricos de Borges con sus propias obras». Recuerdo una opinión análoga en un hombre que nos merecía el mayor respeto. Hacia fines de los años treinta, un grupo de escritores en ciernes —yo no era el más joven— solía reunirse los domingos con Pedro Henríquez Ureña. Una tarde, alguien repitió con entusiasmo los argumentos de «La supersticiosa lógica del lector». Pedro dijo: «¿No creen ustedes que Borges exagera? Su misma prosa lo desmiente». Entendámonos: el ensayo de Borges era y continúa siendo válido, pero eso no quita que por aquella época Pedro tuviera razón. Digo por aquella época pensando que, si no Borges, nuestra manera de leerlo ha variado insensiblemente. Hoy, el ejercicio de la paradoja es una de las tantas formas de la verdad que nos subyuga en su obra. Borges, el Borges actual, prolonga y completa al Borges de los años treinta.

No menos interés que Borges suscitan los distintos personajes reales o imaginarios de *Manual del distraído*. Rossi estudia con inteligencia sus ideas o la proyección de sus ideas, analiza con agudeza sus caracteres, cuenta con gracia sus aventuras. Tanto importa que sean Leibniz, o Juan de Mairena, o un niño lógico, terriblemente lógico, que hace travesuras en un hotel de Roma, o el conde Alessandri, profesor en Oxford, o el señor Poblet, librero de Buenos Aires. Como en las novelas que no respetan el orden cronológico y cuya boga todavía subsiste, pasamos sin solución de continuidad de unos a otros, y todos ellos van trazando de diversa manera la verídica imagen del autor, Alejandro Rossi, el personaje más importante de *Manual del distraído*.

El corte, de Fernando Sánchez Sorondo*

Siento alegría de presentar *El corte*** , un libro de cuentos que me gusta tanto. Como otros se abandonan a la pereza, Fernando Sánchez Sorondo se abandona a la imaginación, y sus frases se desarrollan siguiendo un movimiento natural, sin esfuerzo, sin sobresalto, sin prisa. Por momentos

* Inédito.

** Sudamericana, Buenos Aires, 1980.

hace pensar en esos muchachos que juegan mientras caminan, dando patadas a una piedra, y que cualquier circunstancia detiene en el curso un poco distraído de su andar. Los lectores se entregan a él sin saber ni querer saber dónde los lleva, siguiendo con docilidad sus ingeniosas evoluciones. Todo es motivo de diversión, de admiración, de *risas y aplausos*, como se llamaba la novela anterior a este libro de cuentos. A pesar de su aparente distracción, Sánchez Sorondo tiene el arte de mirar, y presta a las cosas su buen humorismo. Es un hombre joven, y a pesar de su juventud logra evocar, como rara vez lo hacen los jóvenes, la sensualidad candorosa, el ardor, la embriaguez de la adolescencia. Para hacerla revivir, no necesita haberla dejado muy atrás en el tiempo. Sirva de ejemplo el primer relato del libro, donde hay un muchacho que «sólo tiene recuerdos de verano, porque el verano es el gran jubileo, la azotea de la casa de la vida, y por eso cada año que declina se hace más y más triste». Y de pronto, sin solución de continuidad, irrumpe en el verano la heroína del relato, la muchacha para la cual las cosas sólo existen en la medida en que son secretas, y hasta que se disipa el secreto —con gran sorpresa del héroe de la fábula y menos sorpresa de los lectores, que ya lo estaban barruntando— los protagonistas hacen una y otra vez el amor en «zaguanes borgeanos» y fortalezas, con «desesperación clandestina», nos dice el autor, febril, incansablemente.

Los cuentos de Sánchez Sorondo son de tono muy diverso, aunque de línea argumental igualmente ingeniosa. Algunos relatan circunstancias desgraciadas —la estada en un sanatorio, o la muerte de una persona querida—, pero todos respiran juventud. Al decir juventud, no quiero decir alegría, ni mucho menos felicidad, porque suele haber en la juventud, hasta en la alegría de la juventud, un fondo melancólico. Lleva consigo la angustia de su propio fin. Nos embriaga y nos aflige en razón de su vehemencia. Sentimos nostalgia del goce que nos procura, y echamos de menos, anticipadamente, los momentos de gloria que nos permite conocer.

A estas reflexiones me conducen los cuentos de Sánchez Sorondo. En ocasiones los héroes de estos cuentos son niños, o muchachos no del todo convencidos de su propia identidad, u hombres jóvenes, en la plenitud de la vida, que se sienten maculados por la vida misma y quisieran volver a la infancia. ¿Y qué mejor medio, para volver a la infancia, que habitar de nuevo la casa natal? Tratan de dar con su padre y a veces llegan a pensar que acaso sean ellos su propio padre. ¿No es el niño el padre del hombre? Entonces, en su dramático afán por salir de la orfandad, afán doblemente dramático porque su ansiedad se oculta bajo un rictus de ironía, reconstruyen minuciosamente la casa en que vivieron.

El proyecto a medida que avanza, pierde todo carácter culpable. El héroe, que no se basta a sí mismo, requiere auxilio para reconstruir la casa